

DESAFIAR EL ETNOCENTRISMO ACADÉMICO

Ludmila da Silva Catela, Elizabet Jelin & Agustina Triquell (compiladoras), 2022.
¿Qué hacemos con las cosas del pasado? Materialidades, memorias y lugares.
Villa María: Editorial Universitaria de Villa María. 292 p.

Quienes ejercemos el oficio de historiar generalmente trabajamos con documentos escritos. Actas, memorias, prensa, expedientes, sumarios, prontuarios, cartas, manuscritos, libretas, legajos, fichas de desempeño o biográficas, censos, balances, literatura, cuadernos, entre tantos otros soportes textuales, nos convocan para dar curso a los problemas planteados en nuestras pesquisas. Muchas veces, estos documentos se tornan intertextuales, por ejemplo, incorporando fotografías. Entonces, estas resultan ser apoyatura para contrastar, avanzar o reflexionar sobre la información que brindan los papeles.

No obstante, y aunque en el presente algunos colegas proyectan sus investigaciones exclusivamente con documentos visuales, estos desafíos siguen resultando periféricos y, para su consecución, requieren de un entrenamiento crítico que obliga a revisar las habituales matrices de análisis. Este reto se complejiza aún más si nuestras preguntas interrogan a sectores subalternos o populares, a cuyas marcas los archivos oficiales se vuelven bastante reticentes. En esa dirección solemos encontrar pocos documentos escritos, pocas imágenes, en cambio se observan objetos e incluso paisajes habitados. En-

tonces, enfrentamos la urgencia de pensar cómo generar claves de análisis para abordar desde estos registros los problemas del pasado. Personalmente, comencé a pensar estas dificultades porque varias de mis preguntas de investigación interpelan las experiencias de las cocineras domésticas. Los archivos oficiales se resisten a alojar sus marcas, y además las cocineras son austeras en dejar rastros escritos, pero contamos con objetos utilizados y espacios habitados por ellas.

Con estas preocupaciones en mi agenda, tuve la posibilidad de escuchar a Elizabet Jelin, en el marco del VII Congreso Interocéánico de Estudios Latinoamericanos, realizado en ciudad de Mendoza a finales de 2022. Ella aludió a un libro que, editado ese año por la Editorial Universitaria de Villa María, llevaba por título *¿Qué hacemos con las cosas del pasado?* Jelin referenció el libro como una entrada para acceder a los trabajos de la memoria desde una arista particular, los objetos. Ella aseveró que esto fue un desafío para las seis investigadoras que autorizan los capítulos, en tanto la entrada habitual para hacer estudios sobre procesos de memoria son las entrevistas. De esta suerte, los objetos operan en un rol secundario que,

en este libro, se propusieron revertir. La conferencista avanzó sobre el planteo de su capítulo, para dar cuenta de su investigación en Eldorado, una ciudad de Misiones en la que ella pasó parte de su infancia. Allí, se detenía en una ilación reflexiva entre historia personal, museos, objetos, memorias y solapamientos de memorias para poner en valor el lugar de los objetos: fotos y banderas relativas al nazismo. Corolario: escucharla significó la urgencia de leer el libro. Quería conocer su estrategia para dar sentido a los objetos, el modo de mirarlos, su abordaje metodológico, sus argumentos. Pero tuve que esperar unos meses para reunirme con el impreso. Como es de conocimiento público, las editoriales universitarias no tienen la capacidad de distribución que poseen las editoriales comerciales. Una vez con el texto en mano, me dediqué a leerlo, y de ese ejercicio resultaron estas notas críticas que lejos de resumir el contenido del libro, rescatan pasajes, trayectos y conceptos recortados por el ejercicio de mi lectura.

Las 292 páginas que componen *¿Qué hacemos con los objetos del pasado?* dan a conocer el resultado del proyecto de investigación plurianual “Espacio y tiempo en la conformación de memorias: familia y comunidad en el cruce de historias económicas, culturales y políticas” (2014-2017). En ese marco, se dieron cita Elizabet Jelin, Ludmila da Silva Catela, Agustina Triquell, Alba González, Graciela Tedesco y Fernanda Figurelli. El equipo se propuso conocer los entrelazamientos entre memorias de corto y largo plazo y las interpretaciones o apropiaciones dadas por los varones y mujeres. La meta era estudiar esas memorias a través de los objetos con-

servados en museos locales, pero también en recorridos urbanos abriendo el juego a la ponderación del paisaje como ordenador, a la vez que generador, de memorias.

El cuerpo del libro se estructuró en la siguiente trama de capítulos: el primero, a cargo de Jelin, “Una foto en el museo, un viaje por la historia y la memoria”. El segundo se denomina “Estratigrafía de la memoria. Materialidades, marcas y narrativas”, elaborado por González. El tercero lleva por título: “Memorias inscriptas en el tiempo. Etnografía del devenir de las marcas materiales del recuerdo en Tumbaya-Jujuy”, siendo su autora da Silva Catela. El cuarto es de Tedesco, “Hilos y huecos. Memorias y materialidades en torno a una fábrica militar en Córdoba”. El quinto se llama “*Estar en algo*. Memorias, materias e identidad en el Norte de Santa Fe”, por Figurelli. Y el último fue escrito por Triquell bajo el nombre “Superficies vivas. Consideraciones sobre *el capital nostalgia* como medicación de fotografías del pasado en su vida pública”.

Desde el inicio, afirmo que al leer el texto advertí tres grandes aportes. El primero reside en la entrada analítica para diferenciar objetos de cosas, y así entenderlos como huellas del pasado, como elementos que expresan y constituyen identidades con una fuerza situada en el presente que se actualiza con cada generación. El segundo es la tajante puesta en discusión del “etnocentrismo académico” que invisibiliza espacios y con ellos sus memorias y experiencias vitales efectivamente ocurridas, que enraizan memorias nacionales e internacionales. A contracorriente, y haciendo uso de las palabras de Jelin, este libro pone en análisis asuntos relacionados

a los objetos y sus provocaciones de memoria en zonas remotas de un país periférico. En esta pesquisa, lo local se aleja de ser entendido como lo opuesto al centro, sino como “el centro descentrado”. Finalmente, se destaca cómo las investigadoras se autoperceben como sujetos activos en la pesquisa, por lo cual exploran y exponen el vínculo que ellas mismas fueron tejiendo con los objetos y los lugares.

Las variables *tiempo* y *espacio* adquieren un tono particular en el texto. Precisamente, el recorte espacial atrapó mi atención. Entendí que, con la excepción de la ciudad de Córdoba, los centros urbanos afectados al estudio estaban ubicados en zonas periféricas del país, esas que conforman “el interior”, con su distancia que, al tiempo que aleja de los grandes centros, también los invisibiliza de las agendas de investigación social. Para ejemplificar lo dicho, parafraseo a Alba González cuando describe su asombro al conocer la historia de Pueblo Liebig, un centro urbano construido como enclave privado por una empresa de capitales ingleses. Dicha empresa conformó una estructura arquitectónica al calor de la industria y la abandonó cuando dejó de ser rentable, dejando allí unas vidas humanas que, para seguir viviendo, decidieron apelar a los trabajos de la memoria. “Nuestra historia será nuestro futuro” fue la consigna. Pero esa historia es producto de la reconstrucción de los lugareños que, desde lo local, buscan sin descanso inscribirse en los relatos hegemónicos. Así, conocen a Alba y llegan a ser parte de este libro. González se pregunta, cómo Liebig fue dejado al margen de las investigaciones históricas sobre la industria de la carne. Claro está, esto fue

así porque esta historia hace foco, justamente, en los grandes centros urbanos.

Cada capítulo se inscribe en un espacio urbano particular con unos informantes específicos, todos involucrados en la reconstrucción de la historia del lugar en clave de memoria, patrimonio y turismo. Si entendemos que este texto desafía el etnocentrismo académico, es crucial presentar las principales características de las localidades referenciadas. En concreto, se trata de cinco zonas, de las cuales tres tienen historias con puntos en común. Estas encuentran su origen fundacional en proyectos privados, por lo cual el nudo de sus historias y de las operaciones de la memoria se orienta en el tránsito de la dependencia privada a la estatal provincial. La primera es Eldorado, ciudad de Misiones, producto del gesto privado de un colonizador de origen alemán, Adolfo Schwelm, por el año 1919. Su trama histórica alberga los ejercicios por sostener una identidad y una memoria anclada en la cultura alemana que parece negarse a aceptar la presencia de otros, a la vez que dialoga en forma implícita o no con el nazismo.

El segundo lugar es Pueblo Liebig, localidad entrerriana fundada en 1903 por la empresa Liebig's Extract of Meat Company. Al igual que Eldorado, surgió como un proyecto privado que fue habitado por sus fundadores, pero también por otros, sumados al calor de las demandas laborales de la industria. Justamente, esos otros, los trabajadores, serían los que se quedarán habitando el lugar cuando, en la década de 1980, la planta cerró. Desde entonces, se activaron los trabajos de la memoria para sostener una leyenda dorada que solo es eso, operación del recuer-

do que, sin embargo, se actualiza para dar sentidos presentes.

Un tercer lugar se ubica en *los pueblos de la forestal*, surgidos en el momento en que The Forestal Land, Timber and Railway Co. Ltd. se instaló en el Chaco santafesino y, al tiempo que construyó una de las plantas más importantes de explotación del quebracho colorado, organizó una trama urbana para albergar a sus trabajadores. Así surgieron estos pueblos, entre ellos los que se destacan en el libro: La Gallareta y Villa Guillermina; emplazamientos que, al igual que Liebig, fueron afectados cuando la planta decidió cerrar y retirarse de la Argentina, a mediados de la década de 1960.

Los casos de Tumbaya (Jujuy) y de la ciudad de Córdoba (emplazamiento de la Fábrica Militar de Aviones) se diferencian de los tres anteriores por historia, dimensiones urbanas y tradiciones. Con respecto a la primera, los pueblos de la Quebrada de Humahuaca conforman el patrimonio histórico nacional. Tumbaya es la primera localidad que se encuentra al salir de San Salvador de Jujuy e ingresar a la Quebrada. Es un pueblo con pasado colonial, por lo cual su patrimonio alberga construcciones del siglo XVIII. Sin embargo, la mirada en este caso se detiene en la plaza y en la trama de placas que los lugareños ordenan de acuerdo a la memoria del pasado reciente. Así, Tumbaya deja de ser el pueblo pintoresco de la Quebrada, para reconocerse como la "Tucumán chiquita" de la década del setenta, dando lugar a la visibilización de las tensiones de la memoria.

Por otra parte, ya en la ciudad de Córdoba se interroga el vínculo entre objetos y memoria en la Fábrica Militar de Aviones (creada en 1927), la guarnición militar

y Pueblo Estación Barrio Flores. Se trata de una trama que comenzó a tejerse en la década de 1920, y su larga historia puede resignificarse al contemplarla desde las materialidades que fueron ordenándose en el transcurso del tiempo. Es posible preguntar por qué estos dos lugares son considerados zonas periféricas. Justamente, porque son espacios donde las apropiaciones de las memorias hegemónicas de corte nacional o transnacional son leídas y apropiadas en la clave de los lugareños. Entonces, los acontecimientos de la última dictadura militar se interpretan a partir de los seis desaparecidos de la localidad de Tumbaya, donde también hubo centros clandestinos de detención que operaron en el proyecto militar y que siguieron creando sentidos sociales *a posteriori*. O, en el caso de la Fábrica Militar de Aviones, los vecinos aportan sus interpretaciones de la Revolución Libertadora (1955).

Reseñar los cinco espacios urbanos donde opera el contenido de los capítulos es un ejercicio fundamental para entender concretamente la estrategia de un libro que discute el centralismo académico. Seguidamente, presentaré siete aspectos que atraparón la atención durante la lectura.

En primer lugar, los capítulos se ordenan en torno a unas palabras centrales que merecen mención: patrimonio, turismo, arqueología de la memoria, memoria, fotografías, objetos, territorio, paisaje, superficie, stratigrafía, entre otras.

En segundo lugar, la presencia de los museos en los espacios tratados. Es decir, todos los capítulos aluden a museos cuyas fechas de fundación no van más allá de los años noventa. Esa fiebre de memoria que afectó a la sociedad de las últimas décadas

pareció saciarse a través de los museos. En el caso de los pueblos, estos espacios ordenan sus muestras más por la relevancia de los donantes que por referencias históricas. Tal es la impronta de los donantes que muchos museos son propiedades privadas y no estatales. La importancia del nombre propio se suma al coleccionismo que provoca una tonalidad museística que acumula objetos sueltos. La pregunta que instala Ludmila da Silva Catela, ¿qué pueblo entra en un museo?, ayuda a interrogar los museos como una síntesis homogénea que expulsa lo distinto y se proyecta como indicador de la identidad y la historia local.

En tercer lugar y a resultados del segundo, obliga a revisar la rápida asociación entre objetos de carácter patrimonial y museos. Cada capítulo avanza en la demostración de que los museos exhiben un relato ordenador de la memoria local que, al tiempo que muestra ciertos acontecimientos y nombres, invisibiliza otros. Entonces, es necesario salir del museo y recorrer calles, casas, hablar con los vecinos, mirar el paisaje y discutir sentidos. El espacio urbano alberga marcas que remiten a sectores segregados, a tráficos de sentidos o a versiones contrahegemónicas. Entonces, cobra sentido la noción de museo a cielo abierto, con el fin de mostrar todos esos discursos en la dinámica de las tensiones de las memorias urbanas.

Un cuarto asunto es la tensión entre nosotros y los otros de cada relato. El caso de Eldorado es claro, su historia oficial describe un acontecer social propio de un enclave alemán en Latinoamérica. Sin embargo, en esa armonía punzan las memorias de los residentes judíos o los trabajadores migrantes. Situación simi-

lar se advierte en los pueblos industriales, cuya sociedad sutilmente se divide entre zonas de empleados jerárquicos y la propia de los obreros. La pregunta “¿hay lugar para los objetos del otro en los museos y en las versiones oficiales de la historia?” se resuelve en la mirada de la investigadora que pregunta por los bordes y se empeña en encontrar las zonas de tensión que abren grietas y dejan permear las marcas de los otros. Un caso atractivo es el guión del Museo Universitario de Tecnología Aeroespacial, donde se pone en valor la historia de la Fábrica Militar de Aviones con sus logros y con los respectivos nombres de los ingenieros y, en una sala contigua y con otro criterio, se presenta una muestra de las mujeres aviadoras destacadas de la historia. Ellas quedan descolgadas del gran relato del Museo, representando ese borde que alberga las diferencias.

En quinto lugar, a través de los seis capítulos se advierte cómo los distintos grupos sociales asumen los trabajos de reconstrucción de memorias, con el explícito fin de hacerlas operar en la consecución del futuro. Cuando los espacios urbanos pierden el motor que les daba sentido económico, social y cultural, se aferran a esa identidad que fue con el objeto de recomponerla en una fuerza productiva hacia el futuro. En este plano, la frase “nuestra historia será nuestro futuro” adquiere sentido, en tanto la puesta en valor patrimonial y museística de las huellas de ese pasado se reordena para operar en la clave de proyectos vinculados al turismo. Esto se advierte en varios proyectos aún en ciernes en los pueblos de la Forestal, en Pueblo Liebig, en Tumbaya o en la misma Fábrica de Aviones cordobesa.

A resultas de esta quinta mención, una sexta merece ser el giro hacia el turismo como efecto de la supervivencia de los pueblos. Así, la memoria se ordena en recorridos que buscan atraer la mirada de visitantes con el fin de obtener recursos para la localidad en general y para los habitantes en particular. Entonces, los museos y espacios de memoria recuperan historias doradas en cuyos bordes brotan relatos de resistencia o revisión. Este gesto habilita una alerta en torno a las zonas de tensión entre turismo y patrimonio.

La séptima cuestión son las fotografías. El primer capítulo y el último hacen foco en la fotografía. El primero, a cargo de Jelin, reflexiona sobre un caso particular; el último, escrito por Triquell, va más allá y realiza un ejercicio teórico de reflexión y comparación entre fotografías de Eldorado y de Pueblo Liebig. La autora muestra las diferentes dimensiones de análisis de las fotos que superan la descripción estricta de la imagen. Se atiende a la capacidad de evocar el pasado y, en ese punto, el concepto de capital nostalgia opera como provocador de usos y sentidos presentes.

Finalmente, el texto ofrece una multiplicidad de entradas para pensar los objetos y las materialidades del pasado como indicios de historias vividas, pero también como constructores de identidades presentes y futuras. Cada una de las autoras muestra el ejercicio intelectual realizado para generar entradas analíticas que permitan contemplar con justicia los objetos. A su vez, cada capítulo profundiza en las tensiones y disputas respecto a las

memorias hegemónicas y sus resistencias locales. Hilos, huecos, fracturas, fragmentos, contraculturas ordenan esos recuerdos provocados por objetos que se guardan para luego pasar a mostrarlos como documentos de identidad colectiva e individual. Sin embargo, el libro deja una necesidad de más con respecto al ejercicio comparativo de los tópicos en común que hacen a las localidades estudiadas. Es decir, si bien cada capítulo expresa cómo operan allí los objetos en dirección a las memorias y a las identidades presentes, aún adeuda un ejercicio de síntesis comparada. Esto se logra parcialmente en el último texto, donde se diseña una analítica para estudiar las fotografías en Eldorado y Pueblo Liebig. En otras palabras, como lectora esperaba una síntesis final.

Como versa en su introducción, es un libro que, a partir de las tramas de memorias que activan, a la vez que producen, los objetos, narra historias de lugares, dibuja una cartografía de experiencias locales alrededor de las vivencias de los fundadores y pioneros, alude a fábricas que cerraron, a vecinos que desaparecieron, a trabajadores desocupados, pero fundamentalmente lo hace con la firme convicción de desafiar el etnocentrismo académico para mostrar otras voces. Por ello, es un libro de lectura obligada para historiadores, museólogos, expertos en patrimonio e investigadores sociales en general, pero también podría ser lectura de toda persona interesada por conocer la relación de los objetos con las identidades sociales y biográficas.

Paula Caldo

Universidad Nacional de Rosario / CONICET